

SOBRE LA PERSONALIDAD CULTURAL DE HISPANOAMERICA

Desde hace aproximadamente diez años —acaso la fecha exacta pudiera fijarse en los inicios de la guerra mundial— hay en Hispanoamérica una gran abundancia de preocupaciones en torno a su esencia histórica y a su presente y futura personalidad cultural. Tal fenómeno no es, por supuesto, sólo de ahora —a Hispanoamérica podría aplicarse aquella crítica orteguiana de *La España invertebrada*: hay naciones cuya esencia parece consistir en ser defendida—, pero ahora se presenta renovado, afinado y en proporciones mayúsculas. La crisis militar de Europa, con su posible secuela de crisis cultural, vino a dejar a Hispanoamérica abandonada a sí misma y en la urgencia angustiada del actor a quien le llega el momento de representar sin tener todavía conocimiento exacto de su papel:

Esta hora es, sobre todo, de sinceridad. Hispanoamérica, por su tradición hispánica y grandilocuente, había abusado un tanto de las interpretaciones culturales vagas y proféticas, de las síntesis gratuitas que metían en una metáfora o en un hermoso *desideratum* todo el secreto de su destino futuro. Ahora, en cambio, el problema ha alcanzado una desnuda y angustiada radicalidad filosófica, con tintas negras exageradas muchas veces. Hay una especie de penitencia antirretórica en el continuo reconocimiento del carácter subsidiario e inmaturo de la actual cultura americana y en la predicación de la autenticidad más absoluta. Tal actitud, aun siendo en general loable, no deja de tener su lado peligroso. El autoanálisis llevado a términos de angustia es el enemigo nato de la creación, el tóxico que corroe la libertad poética del instinto. Y el peligro es más grave en América que

en la misma Europa, porque aquí hay un curso dialéctico y una tradición constituida a los cuales el creador ha de estar vigilantemente abierto, y allí, en cambio, importa siempre más el desarrollo de las fuerzas infraculturales y espontáneas. Si la conciencia refleja no esteriliza, sino que lleva a plenitud a un poeta europeo del corte de Valery, sí puede tener malas consecuencias para un poeta americano al estilo de Neruda o Vallejo. La tradición cultural verdaderamente fertilizadora corre siempre a flor de tierra, como un gran río, sin necesidad de acudir a artificiales alumbramientos.

Este fenómeno de un haz de pueblos espectadores de su propio proceso de maduración no tiene antecedentes en la Historia. En los mismos Estados Unidos las cosas ocurren de distinto modo. Allí —esto se advierte con sólo ojear el teatro o la novela *yankées*— el europeo trasplantado crea obra cultural sin sentir apenas la pesadumbre del paisaje no hecho sustancia propia, porque antes lo domoñó con la técnica. En Hispanoamérica, en cambio, la naturaleza sofoca y entristece al hombre, impidiendo su libertad de movimientos psíquicos como una liana en el bosque la marcha de los cazadores. Hay, además, otra razón de peso: Norteamérica, por su tradición anglosajona, no se preocupa de planear y prever hasta que llega la hora de la creación, e Hispanoamérica, por su tradición latina, es tierra esencialmente proyectiva e intelectualizadora, tierra que ha de prefigurar mentalmente sus quehaceres antes de abordarlos. Y en ella, precisamente por haber grandes fuerzas potenciales, es difícil y problemática toda intelectualización.

La prehistoria del tema americano, que ahora alcanza madurez, está en las antiguas polémicas sobre la inferioridad o superioridad del Nuevo Mundo, hace poco diligentemente estudiadas por Antonello Gerbi (1). El siglo XVIII vió a América con un doble gesto: como tierra intacta, todavía oliente a Dios, y como tierra degenerada que prende al hombre en su clima malsano. Para Buffon, el naturalista, América es un continente inferior, donde se debilitan las especies animales y vegetales. Lo mismo dice, aun más extremosamente, el prusiano Pauw, que ni siquiera cree en la rusoniana bondad de los indios. A uno

(1) *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo*. Lima, 1946.

y otro replican los escritores americanos: Clavigero, Molina, Moxó, Dávalos, Caldas. Pero en este primer estadio la polémica se plantea en un terreno biológico, esto es, primario y natural, y sólo va ascendiendo después a planos humanos e históricos. La independencia política de Hispanoamérica, naturalmente, marcó en este ascenso una hora importante. Entonces ya no se discute tan sólo la inferioridad o superioridad americana con respecto a Europa, sino los rasgos peculiares que hacen del Nuevo Mundo algo personalizado. Hay muchos escritores europeos —Schlegel, Maistre, Hegel, Leopardi, Schopenhauer, Cecchi, Papini—, censuradores de América, y frente a ellos sitúan los americanos sus apologías. De este modo, la polémica fué subiendo el tono —desde lo biológico a lo político, lo jurídico, lo sociológico, lo artístico y lo literario—, para ingresar estos últimos años en el campo de la filosofía, con lo que, como dice Arturo Ardao (2), ha alcanzado la plenitud de su formulación, ya que no se trata tan sólo de un ensanchamiento de horizontes, sino de una aprehensión radical del conflicto mismo. Y es notable que este planteamiento de la peculiaridad americana en lo filosófico sea hijo de una determinada tendencia del pensamiento europeo contemporáneo: el historicismo de Dilthey. El historicismo ha tratado de reconstruir la evolución ideológica de América. “No importa —dice Ardao— que tales ideas resulten ser copia, no todas veces fiel, de ideas ajenas. Quedarán siempre nuestras las circunstancias en que su adopción fué hecha en cada caso; por tales circunstancias es, precisamente, que dichas ideas descienden de su abstracción para penetrarse de vida y de sentido en la experiencia histórica.” Se busca, por tanto, más que un estudio de las ideas filosóficas propiamente dichas, una inquisición de cómo fueron asimiladas por la mentalidad americana, para tomar así conciencia de lo que ésta es y fijar las condiciones y posibilidades de su futuro desarrollo.

Inútil es señalar las limitaciones y peligros intrínsecos a esta actitud. Un mundo joven y con tradición cultural escasa, rara vez deja oír a través de las minorías intelectuales su mensaje humano verdadero, e incluso para estas mismas minorías no tiene la ocupación filosófica sentido profundo. Hispanoamérica, como antigua

(2) *Cuadernos americanos*. Año V, número 1, México, 1946.

tierra colonial —quítese a esta palabra todo matiz denigrante—, ha padecido un encogimiento general en las tareas y necesidades vitales, y muy principalmente en la tarea y necesidad filosófica. Así, pues, la filosofía fué muchas veces mera importación mecánica o vestidura de construcciones retóricas. Tratar de descender por ella a la peculiaridad profunda de la tierra es sobremanera difícil.

Más interés que esta búsqueda del hilo mental de Hispanoamérica tienen ciertos planteamientos generales hechos últimamente, como el del uruguayo Zum Felde, en su libro *El problema de la cultura americana* (3). Felde es acaso el formulador más crudo —incluso exagerando la nota— de la actitud de sinceridad que antes señalé. Sin embargo, la agudeza que revela en la parte crítica contrasta extrañamente con la arbitrariedad de la construcción, una construcción que encajona el futuro de la cultura hispanoamericana dentro de líneas harto discutibles. El libro, en conjunto, merecería una larga respuesta desde puntos de vista españoles. A falta de ella, vamos a replantear brevemente los capitales temas que aborda, tratando de situarlos en su campo propio e iluminando su formulación con otras ideas y análisis recientes de autores españoles y americanos.

Zum Felde parte del reconocimiento pleno, incluso en términos dramáticos, de algo que él llama el “colonialismo cultural latinoamericano”, esto es, de la falta de personalidad cultural de Latinoamérica y de la necesidad consiguiente en que los latinoamericanos están de acudir como clientes a Europa. Este drama no es sólo colectivo, sino también íntimo y personal, porque el hombre no puede ser desligado de su medio y sólo filtrándose a través de él llegará a crear obras de cultura valiosas. Zum Felde utiliza fórmulas absolutas: “hasta ahora nuestra cultura... ha sido un fenómeno de pura extraversion de conciencia... Nuestra patria espiritual está en Europa, no en América” (4). Por tales razones, cuando el latinoamericano redacta libros o anuda ideas no pasa de elaborar pastiches a imitación de los modelos de Europa, fundiéndolos y adobándolos con sumo arte, pero sin penetrar en el cauce de cultura viva donde brotan.

(3) Buenos Aires, 1943.

(4) *Ib.*, pág. 31.

Todo esto es, sin duda, verdad en alguna parte, pero no del todo. Zum Felde, para apoyar mejor su crítica, debería haber distinguido entre tradición cultural y obras de cultura. Estas segundas existen en Hispanoamérica —prescindimos de que en determinados aspectos sean subsidiarias de Europa— y aquélla, en cambio, falta en una cierta medida. Naturalmente que tal ausencia afecta a la calidad de los productos culturales, pero no esteriliza la raíz de donde éstos brotan. Lo que ocurre, probablemente, es que la cultura peca de soledad, de monólogo. Cuando el filósofo, por ejemplo, es *rara avis*, puede alisar sus plumas como quiera, sin que nadie le venga a la mano. Una cultura solitaria no tiene aseguradas sus fronteras y la acechan siempre dos peligros graves: la desmesura, hija de la falta de fundamental ironía, y la ausencia de continuidad. El caso de los grandes poetas americanos, a que antes aludíamos, es revelador: en vez de estar, como los de Europa —incluso los españoles— inscritos dentro de una órbita de lógico desarrollo, surgen eruptivamente, y muchas veces agotan en sí toda la teoría de posibilidades poéticas que descubren sin dejar puentes de continuidad. Tienen la belleza y el riesgo de los volcanes: su poder telúrico y la esterilidad a que condenan el país circundante.

La ausencia de tradición determina, por consiguiente, un cierto carácter puntiforme en la cultura hispanoamericana. Ambas cosas se explican por el magno hecho histórico del origen colonial de Hispanoamérica. Sería necesario analizar esta categoría de la vida colonial largamente, prolongando, por ejemplo, las ideas expuestas por Ortega en unos luminosos artículos sobre los Estados Unidos, publicados hace años. La colonización determina, nos viene a decir, la puesta en contacto de una humanidad senescente con una tierra joven —David y la Sunamita— y, por tanto, una íntima desarmonía. El hombre viejo va a la tierra nueva cargado de bártulos de ideas e instrumentos, y allí se encuentra con un repertorio de tareas mínimo en el que tales ideas e instrumentos no tienen aplicación. Brota de aquí un rasgo típico del emigrante arraigado: la sensación de facilidad y prepotencia. Pero junto a él, pudiéramos añadir, acaece en el campo de la cultura algo importante: los esquemas y los modos de arte antiguos se oxidan y vuelven estériles, esto es, pierden justificación y posibilidades de crecimiento orgánico, quedando esclavos

de las sucesivas importaciones de la metrópoli. De aquí esas extrañas segundas vidas que los movimientos culturales europeos tuvieron en América, esas refracciones pintorescas que suelen experimentar las escuelas artísticas o literarias. Lo que en una orilla del Atlántico es necesidad creadora, en la otra es ejercicio mimético. Cada personalidad hispanoamericana, por consiguiente — de su existencia y de su potencialidad, arrolladora muchas veces, no puede dudarse—, se encuentra enterrada bajo una capa de usos y estilos prefabricados, cuya íntima justificación desconoce, y para cristalizar en formas propias le es necesario romper esta capa, esfuerzo que a veces consume mucha parte de sus energías. En resumen: se trata de una desarmonía entre necesidades y medios, sólo curable mediante un incremento de aquéllas —mediante un ascenso a planos en los que la cultura sea verdadera precisión vital— y una progresiva adaptación de éstos. Tal labor sólo la puede cumplir bien el tiempo, aunque quepan ayudas actuales.

En esta brega está metida ahora la intelectualidad hispanoamericana, y hay una especie de pugna por descubrir la estrella propicia bajo la cual el futuro cultural de América se ha de desarrollar. Aparte de la elemental interpretación arqueológica e indigenista, se insinúan dos corrientes principales: la que cree a Hispanoamérica vinculada a España y la que juzga su índole cultural aproximada en cierto modo a Francia. No se trata ya, sin embargo, de las dos líneas clásicas del pensamiento tradicionalista —con su frecuente cerrilidad castiza heredada de España— y del afrancesamiento del siglo XIX —con su frivolidad desarraigada—, sino de posturas enormemente más depuradas y complejas. El hispanismo de la revista chilena *Estudios*, por ejemplo, en poco se parece al de tipo retórico y tradicional, y el reconocimiento que hacen Zum Felde o Samuel Ramos del valor de la cultura francesa no tiene nada de admiración aldeana. Unos y otros parten de una realidad: la peculiaridad insoslayable de Hispanoamérica, evidenciada en una serie de notas —arraigo en lo telúrico, dualidad entre primitivismo y refinamiento, preferencia por los aspectos pragmáticos de la filosofía, preocupación estética, pesimismo—, muchas de ellas descubiertas y acuñadas en las *Meditaciones sudamericanas* de Keyserling. Podríamos decir que el conde bálico —también, aunque en menor medida,

Waldo Frank— creó un cimiento de observaciones comunes sobre el cual cada sector de opinión construye su propia casa.

En general, los más inteligentes están conformes en el principio: Hispanoamérica ha de dar en el futuro sus propios frutos culturales dentro de la línea occidental, sin que lo indígena sea otra cosa que una matización más o menos intensa o un sustrato étnico informe que ha de ser recogido —aceptando su influjo— en moldes más perfectos. En lo que difieren, como dije, es en la apreciación de lo europeo.

Zum Felde (5) cree que el hecho —desde luego incontrovertible— de la avasalladora influencia de Francia en Hispanoamérica no fué debido a un simple azar histórico, sino a cierto parentesco espiritual entre ambas. El genio francés, dotado de un alto sentido de universalidad cultural, vino a hacer verbo el espíritu de universalidad todavía infante en América: “Existe una íntima analogía espiritual entre Francia y nosotros. Y la posición histórica de América la destina a un modo de ser semejante, aunque en más vasta escala y en modo más categórico. Por eso... Francia —mientras no pierda su virtud universal— mantendrá siempre la primacía en el orden del comercio espiritual con América.” Y poco después: “Nada del inconsciente ancestral nos llevaba hacia el magisterio de Francia. Su atracción, su llamado, provenían de un imperativo trascendental, supraconsciente.” La necesaria fidelidad a este llamado, según Zum Felde, hace erróneo todo intento de hispanización americana: “Para ser fieles a la tradición del imperativo español, tendríamos que ser infieles al imperativo universalista de nuestro propio destino americano.”

El orden, la claridad y la curritmia francesa —esto es, la primacía de las virtudes de la razón— son para Zum Felde las categorías de la mentalidad americana. Como ella luce sobre un complejo racial enredado, que no hay que esperar cuaje nunca en unidad étnica capaz de crear cultura propia, ha de remontarse a un plano universal, ajeno a la voz de la sangre y a la vez auténtico y valioso.

Con estas ideas de Zum Felde viene a coincidir sustancial-

(5) *I. c.*, pág. 130 y sigs.

mente Samuel Ramos (6). Parte de la concepción que de la cultura francesa tiene Ernst Curtius —base probable también, aunque no haga cita expresa, de Zum Felde— como obra de armonioso equilibrio. Por ello, la cree también afín a Hispanoamérica, donde hay un deseo innato de equilibrio, delicadeza y síntesis.

La tesis de la identificación de Hispanoamérica con Francia, así expuesta, es muy discutible:

a) Zum Felde no advierte, al constatar el lanzamiento de América hacia Francia a raíz de la Independencia, que este lanzamiento no fué sino aceleración de un proceso visible desde 1750 en todos los meridianos del mundo hispánico. No puede hablarse, por tanto —al menos no se deduce con claridad de los hechos—, de una especial vocación hispanoamericana hacia Francia superior a la que por la misma época sentía España.

b) No hay que confundir espíritu universal con espíritu sincrético. Una minoría culta aun no encajada dentro de una tradición cultural propia, o por lo menos con escasa conciencia actual de ella, es natural acuda adonde la cultura se le dé más apretada y abreviadamente, sin que esto prejuzgue gran cosa sobre la índole profunda del país a que pertenece.

c) Francia e Hispanoamérica ocupan los dos extremos de una escala: la de la mayor o menor vinculación del hombre con su paisaje. En Francia hay una perfecta y casi esterilizadora armonía entre ambos, al paso que en Hispanoamérica aun están abismalmente separados. Muchas de las mejores voces de Hispanoamérica —Neruda, Vallejo, novelistas de gran prosa— deben su originalidad a ser revelaciones de este abismo.

d) La cultura americana colonial, en cuya formación intervinieron el elemento popular probablemente más que en la correspondiente al período de Independencia, es naturalmente barroca —iglesias misionales, pinturas, etc.— y distante, por tanto, del clasicismo y la moderación propios de Francia. Hispanoamérica, como España, es tierra que segrega barroquismo, apasionada abundancia de formas.

e) No puede hablarse de una especie de fecundación cultural a distancia. Cuando Camille Julian, en un caso homólogo

(6) *El perfil del hombre y la cultura en México*. México, 1938. página 61 y sigs.

al de Zum Felde, decía que la Galia, aun sin la conquista romana, hubiera asimilado la cultura griega, mostraba desconocer una ley de la Historia: la letra —la íntima letra en que está escrito el genio cultural de un pueblo— sólo entra con sangre; esto es, con mestizaje y convivencia.

Esta tesis de parentesco con Francia parece, pues, insostenible. Tiene sin embargo un fondo de verdad: Hispanoamérica es naturalmente más abierta que España —más liberal en el sentido primario de la palabra— y por tanto más capaz de acceder a planos de síntesis universal. La experiencia barroca, que aquí nos agostó y amargó un tanto, pese a su grandeza, tuvo en Hispanoamérica un aire más llevadero y alegre.

La otra tesis, la de la aproximación a lo hispánico, exige para su formulación un previo rodeo. Hispanoamérica, aparte su calidad de antigua tierra colonial que antes examinamos, es en el orden de la Historia algo muy concreto: una fracción desprendida de un Imperio regentador de Occidente durante los primeros siglos de la Edad Moderna y derrotado después. Si la convivencia de Hispanoamérica y España hubiera sido infecunda, es natural que al partirse el bloque imperial siguieran caminos distintos, cada una conforme a su índole propia. Sin embargo, tal cosa no ha ocurrido. Aun en estos ciento cincuenta años las trayectorias respectivas de aquí y de allí —cosa muy lógica— ofrecen un paralelismo sensible:

a) Hispanoamérica y España han demostrado durante estos años una incapacidad semejante para vivir dentro de los modos de vida racionalista y secularizada creados por Francia e Inglaterra; esto es, por los derrocadores del Imperio hispano. Aquí y allí ha habido la misma constante escisión entre lo real y lo legal, entre el Gobierno y el pueblo. Un fragor de urnas rotas —de ingenuidades democráticas burladas— se ha esparcido casi sin interrupción por ambas orillas atlánticas.

b) Ni Hispanoamérica ni España han estado en plena forma creadora; más bien sujetas a influencias y refracciones de fenómenos culturales extraños. A ambas se les ha escapado el sentido histórico, la capacidad de vibrar directamente ante el estímulo de la hora transeunte. Para una y otra, la modernidad ha sido un huésped nunca incorporado a la familia.

c) Sin forzar en absoluto la interpretación, puede irse se-

ñalando —así lo ha hecho recientemente José Gaos (7)— la persistencia de un curioso paralelismo entre las generaciones culturales de aquí y de allá. A los reformadores hispanoamericanos del tiempo de la independencia corresponden los doceañistas españoles, y a los inmediatamente siguientes nuestros costumbristas y pensadores de 1830: Bahnes, Larra. Entre aquél y Andrés Bello hay evidente similitud de problemas e incluso polémica directa.

Clausurado el romanticismo, España e Hispanoamérica experimentan dos influjos divergentes: aquélla el de Krause, y ésta el del positivismo comtiano. Sin embargo, la honda analogía de una y otra aflora en el proceso asimilador. América acoge el positivismo y exalta en él su aire pragmático y su dimensión pedagógica, y España acoge el krausismo y lo somete a reacciones semejantes. Se trata, por consiguiente, de una identidad orgánica y de estilo. Como dos estanques de aguas gemelas, España e Hispanoamérica reflejan el paisaje cultural de un modo semejante, aunque entre ambas haya sólo muy precaria filtración directa. Y la sincronía se repite: el modernismo —Prada, Martí, Rodó— es una de las dimensiones de la española generación del noventa y ocho, y la obra de Ortega equivale a la de Korn, Vaz Ferreira, Deustua, Caso. A su vez, hay también analogía entre los discípulos de ambos, y —ya hoy día— entre los grupos hispanoamericanos y españoles del remozado pensamiento católico: Nimio de Anquín, Eyzaguirre, Pico, Pablo Antonio Cuadra, Corts, Laín, Tovar. Esta última semejanza es sobremanera notable, y acaso lata en ella el germen de una futura identificación en el estilo cultural de todo el mundo hispánico.

Tales semejanzas son, según creo —al menos en alguna parte—, floraciones de una sustancia común: el meollo medieval que España lleva en sí y transmitió a Hispanoamérica, meollo que hace a los cuerpos históricos de ambas extraordinariamente inaptos para vivir dentro de un mundo secularizado. El cimiento firme de nuestra grandeza común —aquél que nadie nos podrá regatear— es no saber construir un tipo de vida

(7) *El pensamiento hispanoamericano*, Cuadernos de Jornadas, 12, México, s. a.

política y culturalmente decoroso fuera de la gran sombra de Dios. Somos como un pueblo trashumante que únicamente acampa y se serena al pie de la más alta montaña. Y cuando el campamento se instala lejos, bajo el cielo libre, hay en él una desazón continua, un brillar de aceros con sangre. Si la personalidad de Hispanoamérica, como la de España, se revisara a esta luz, serían desvanecidos muchos contrañtidos aparentes.

RODRIGO FERNÁNDEZ-CARVAJAL.

